



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Homilía en la Memoria litúrgica del beato Juan de Palafox y Mendoza S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) – 6 de octubre de 2011

Mis queridos sacerdotes diocesanos;

hermanos todos que habéis querido uniros a esta celebración en la primera Memoria litúrgica de nuestro beato Juan de Palafox y Mendoza después de su beatificación:

Todos estamos convencidos de que los santos no son, por así decir, un recuerdo nostálgico del pasado que trae a nuestra memoria a personas que fueron muy importantes en su momento pero que, en la actualidad, no tienen nada que decir. Al contrario, los santos son siempre recuerdo permanente de vidas ejemplares; iconos vivos cargados de importancia y significado que tienen mucho que decir a los hombres y mujeres de todos los tiempos, pues consiguieron vivir - con la ayuda de la gracia divina- las virtudes cristianas de manera heroica.

En el beato Juan de Palafox encontramos un verdadero modelo de vida cristiana, a la vez que un verdadero testimonio del celo pastoral que debe animar siempre la vida de los creyentes, especialmente de los pastores de la Iglesia. Recordemos cómo la entrega total de su vida al Señor comienza en el momento de su conversión, cuando vive de cerca la enfermedad de su hermana y la muerte de dos personajes de la Corte real muy cercanos a él. Estos hechos le harán recapacitar y repensar su estilo de vida, y le llevarán a exclamar: *“Mira en qué paran los deseos ambiciosos y mundanos”*. A partir de entonces, se producirá en él un radical cambio de vida, cambio que le llevará a tener un trato asiduo con el Señor. De este modo, Cristo empieza a ser lo más importante para él, de tal manera que ya no va a vivir sino para su Dios y Señor, y para la misión a la que Él le llame en cada momento.

Este trato con el Señor en la intimidad es para él tan importante que él mismo lo califica de absolutamente necesario para conservar el alma segura. Encontramos aquí la primera y fundamental enseñanza que *brot*a de la vida de nuestro beato: nuestro deber de vivir asidua y profundamente en trato continuo e íntimo con el Señor a través de la oración.

Desde este trato continuo y permanente con el Señor, y desde su entrega total y confiada a los diferentes servicios a los que Dios le llamaba, Palafox fue avanzando progresivamente en el conocimiento y en el enamoramiento del Señor, de tal manera que él mismo confesaría ser un verdadero enamorado de Cristo crucificado. Así lo mostrará incluso en el momento de elegir su lema episcopal: *“Amor meus crucifixus est”* (mi amor está crucificado)

En Cristo crucificado, nuestro beato Palafox contemplaba la prueba suprema de amor de Dios a los hombres ya que solamente cuando se ama a una

persona es cuando somos capaces de entregar algo de nosotros mismo por ella; ahora bien, sólo cuando se le ama plenamente uno es capaz de hacer este gesto de entrega total, de morir por la persona amada para que ella viva. Para Palafox cobran así total sentido aquellas palabras de Cristo que narra el evangelista San Juan: "*Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos*" (Jn 15, 13) Por eso, él queda extasiado ante tal amor, y se emociona y llora cada vez que celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y la resurrección del Señor.

Juntamente con el amor divino, el beato Palafox se consterna al pensar que la muerte de Cristo en la Cruz es la manifestación más plena de la misericordia de Dios con los hombres, que sin mérito alguno por nuestra parte es capaz de entregar su vida para que nosotros obtengamos el perdón de nuestros pecados. Esta contemplación del amor y de la misericordia divinos, manifestados en el Cristo clavado y roto en la Cruz, mueven a Palafox a sentir verdadero dolor de sus pecados y a llorar por ellos, consciente de que el rescate de su vida ha sido realmente muy costoso y valioso, ya que no ha sido rescatado a precio de oro ni de plata, sino a precio de la sangre de Cristo, derramada para el perdón de los pecados (cfr. 1 Pe 1, 18-19).

La muerte en la Cruz del Señor es experimentada, pues, por el beato como la prueba más plena de la aceptación de la voluntad del Padre y del cumplimiento del plan de salvación que Dios tenía establecido para salvar al hombre. Este hecho le llevará a dar continuas gracias al Padre por su plan de salvación, y a enardecerse y emocionarse ante Cristo que -por amor al Padre y al género humano- ha entregado su vida derramando hasta la última gota de su sangre. De esta manera, al considerar la profundidad de estos sagrados Misterios, cada vez que celebraba la Eucaristía afloraban en él estos sentimientos que le hacían llorar de dolor por sus pecados y le conmovían profundamente.

Hermanos: vemos, pues, cómo en el beato Juan de Palafox y Mendoza encontramos un verdadero modelo de entrega al Señor, un modelo de seguidor de Cristo que ya no vive sino para Él que se entregó por todos nosotros. Pero observemos cómo su estilo de vida, plenamente arraigado en Cristo, y en Cristo crucificado, es el punto de partida y de llegada de su talante de Pastor. Así, su unión con Cristo -de Quien está profundamente enamorado- le llevará al Obispo Palafox a ser un verdadero modelo de Pastor que entrega su vida por las ovejas.

En efecto, Palafox consiguió ser un Pastor que -contemplando al Cristo sufriente y crucificado, encarnado en los crucificados de la tierra, los pobres y necesitados de la sociedad del momento- se entregó a ellos total y absolutamente, sabiendo que en ellos estaba encarnado Cristo, al que servía cuando servía y ama a los pobres. Hasta tal punto su vida fue una total y absoluta entrega a los últimos de la sociedad, a los *Cristos sufrientes* del momento, que pudiendo vivir como un auténtico potentado, rodeado de lujos y grandezas por los cargos que ostentó, sin embargo -por amor a Cristo pobre, cuyo rostro veía en los pobres que hasta él acudían- vivió pobre, dando cuanto tenía a los pobres y muriendo como un auténtico indigente, sin tan siquiera medio económico alguno pagar su entierro.

Desde su cercanía de padre, con sus cartas pastorales, por medio de las Visitas pastorales, animaba continuamente a los sacerdotes a entregar plenamente su vida por el Evangelio, poniendo todo su empeño y esfuerzo por hacer llegar a los hombres el mensaje salvador de Cristo. Así, les animaba a ser incansables trabajadores en la viña del Señor; a superar las dificultades que encontraran en el camino, pues estaba convencido de que el anuncio del Reino de Dios era y debía ser la razón de vivir del sacerdote, por encima de todos los obstáculos y dificultades que pudiera encontrar. Siempre les animaba a no perder jamás la esperanza, sabiendo reemprender el camino continuamente con alegría, pues si iban por un camino y veían que ése era un callejón sin salida, debían ser capaces de rectificar, de buscar y emprender una nueva ruta más eficaz y fructífera para que el anuncio de Jesucristo llegara a todos los lugares y a todas las personas.

Son magníficas y plenamente actuales las recomendaciones que daba a sus sacerdotes sobre su manera de proceder como pastores, sobre cómo tratar a las personas, sobre el talante de pastores que el Buen Pastor esperaba de ellos. Ojalá nosotros, los presbíteros, fuéramos capaces de recordar estas recomendaciones a diario; unas recomendaciones que -después de más de tres siglos desde que fueron pronunciadas- tienen mucho que decirnos para renovar en nosotros los mismos sentimientos de Cristo, Pastor eterno. Sin duda alguna, estas recomendaciones nos ayudarán a luchar incansablemente en la tarea evangelizadora de nuestras gentes; nos ayudarán a superar las dificultades que encontramos hoy; y nos impulsarán a que en nosotros renazca con un verdadero frescor el celo pastoral por la salvación de los hombres y mujeres de nuestro tiempo a los que el Señor nos ha enviado a evangelizar; siempre, a pesar de las dificultades que encontremos.

El beato Palafox es hoy para nosotros un verdadero modelo de conversión al Señor, de creyente y de seguidor de Jesús. Es, recordémoslo una vez más, un auténtico enamorado de Cristo crucificado a Quien se entrega en cuerpo y alma, y en cuya entrega encuentra las fuerzas necesarias para darse a los demás, con especial predilección a los más pobres e indigentes de la sociedad. Esta entrega personal profundamente radicada en el Señor es la que le anima a gastar y desgastar su vida por ofrecer a todos la salvación de Dios, de una forma incansable y a fondo perdido, sabiéndose elegido por Dios para ser pastor de las almas que Él le había confiado.

Encomendémonos a nuestro beato en este día en el que, por vez primera, celebramos su Memoria litúrgica; que Palafox nos proteja e interceda por nosotros ante el Trono de Dios para que, lo mismo que él vivió apasionadamente su entrega a Cristo, nosotros seamos capaces de vivirla de la misma manera. Que el ejemplo de su vida entregada a Dios y al pastoreo de su grey, según el Corazón de Cristo, nos ayuden a todos a ser fieles a las exigencias de nuestra fe; y a nosotros, pastores, nos ayuden a encarnar sus mismas actitudes, pues imitándole en nuestra vida estaremos respondiendo fielmente a nuestra condición de seguidores de Cristo y pastores de su rebaño, misión para la que hemos sido elegidos y llamados por el Señor. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria

